

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

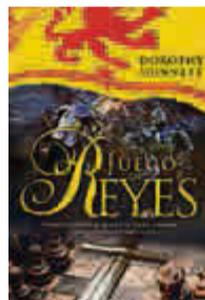
Escocia, siglo XVI y un juego de reyes sin relación con los tronos

La intensa actividad de la escocesa **Dorothy Dunnett** (1923-2001) le valió el calificativo de dama renacentista y un regio título de oficial del Imperio Británico. Pero el núcleo duro de su carrera lo constituye su faceta de rigurosa autora de novelas históricas, tan conocedora de los estudios académicos como apasionada por el trabajo con el lenguaje y por el recurso a su fértil imaginación para dar carne a sus personajes o colmar las profundas lagunas documentales. La cima de su obra fue el ciclo de las **Crónicas de Lymond**, basado en la figura del noble escocés del siglo XVI **Francis Crawford of Lymond**, que se inician con este **Juego de Reyes** (para maliciosos, el título es de 1961) y llevarán al lector de Escocia a Rusia y el Imperio Otomano pasando por Francia. Si disfrutan con las aventuras, pasiones, poesía y sutil sentido de la comedia que habitan estas páginas gozarán al saber que el ciclo se compone de seis volúmenes.

nes, ha ahogado la importancia del resto de su producción. Tal es el caso de **Corazón doble**, su primer libro de ficción, publicado en 1891. Las treinta y cuatro piezas que componen este volumen añoran los motivos centrales del corpus schwobiano, y funcionan como un precipitado, casi como una decantación alquímica, de la que será la poética que anime su obra.

Esta poética posee un doble sentido. Por un lado, Schwob es un acérrimo defensor de lo singular, de lo irrepetible, del individuo. Toda su literatura es una enmienda al gran fresco, a la novela exhaustiva y extenuante, omnicompreensiva en sus fuentes y aspiraciones. Schwob viaja del detalle a la regla, de la anomalía a la ley, de lo ambiguo a lo común. Su atención se dirige sin desmayo a la excepción, pero no a una excepción hecha necesariamente de nombres célebres ni gestos sublimes, sino que la verdad de una época puede hallarse en sus márgenes ignoradas: la pena de una huérfana, la pasión de un bandido, la cotidianidad de los pescadores que fatigan el

Atlántico. La segunda cuerda con que vibra el instrumento de Schwob es su elogio de lo intuitivo. Expresó esta idea en una carta a otro colega irrepetible, **Octave Mirbeau**, el autor de la bizarra **El jardín de los suplicios**. Escribe Schwob: «La obra de arte tiene la oscuridad inconsciente del tubérculo que germina. No es necesario comprender todo. Las prescripciones confusas son tan bellas como las claras». En **Corazón doble** esta apreciación adquiere rango de dogma y desborda cada página. Schwob es en estos fragmentos audaz y libérrimo, y logra conciliar un saber abrumador (su formación, grosso modo, fue la de un enciclopedista) con una sensación de experiencia implacable (el escritor fue, hasta que su precaria salud se lo permitió, un degustador de la vida canalla parisina). Así, relatos como «Los tres aduaneros», «Las bodas de Arz» o «Los Sin Cara» transparentan los logros de un autor que, a caballo entre dos épocas, estaba mostrando a sus contemporáneos algunas de las vías más fecundas que transitaría la literatura por venir.



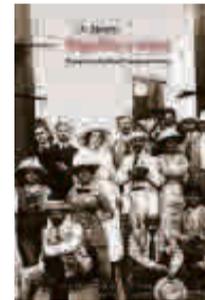
Juego de Reyes
Dorothy Dunnett
Trad. de N. Ordozgoiti y P. Delgado Pàmies
592 páginas
21,95 euros



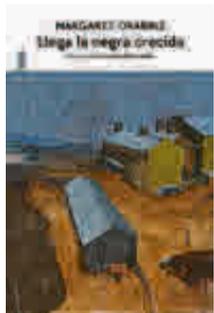
Donde el silencio se bifurca
Gerardo Piña
Periférica
144 páginas
15,75 euros



El blues del hombre muerto
Ray Celestin
Trad. Mariano Antolín Rato
Alianza
528 páginas
21 euros



Repollos y reyes
O. Henry
Trad. Miguel Temprano
Ediciones del Viento
224 páginas
17,50 euros



Llega la negra crecida

Margaret Drabble

Editorial Sexto Piso, Ciudad de México, 2018
336 páginas; 23,90 euros

enfrenta al frío y la lluvia de Inglaterra y la otra mitad vive al calor de Lanzarote, situación que Drabble aprovecha para dar buena cuenta de la historia pasada y presente y de la geografía física de las Canarias y ejercer de guía turística para alguna isla.

La autora utiliza al **Rey Lear** de **William Shakespeare** como intertexto principal de sus argumentos, pero también cita frecuentemente a **Samuel Beckett** y hace alusiones al libro **La vejez** (1970) de **Simone de Beauvoir**. El eje de la novela es, según Drabble, que hacerse mayor no es un tema para la épica ni para el heroísmo y que los héroes son siempre jóvenes, fuertes y activos. Pero que el verdadero valor es admitir el propio deterioro físico y, a menudo, mental y seguir tirando por la vida.

Fran, la narradora inicial,

defiende el derecho de la gente mayor a ser egocéntrica, pues les queda menos tiempo para colmar sus deseos. También propugna el carpe diem y el placer de las cosas pequeñas; levantarse por las mañanas, después de poner todos los huesos en su sitio, es una hazaña para alegrarse, y luego poder “experimentar una sensación de felicidad casi plena: papel de periódico fresco, buen café, textos variados, un par de mensajes en la Blackberry... ¿qué más podría ofrecernos el mundo moderno?”

Todos los personajes viven en el optimismo autoimpuesto o en la resignación y se divierten como pueden. Se aferran a su casa cuasi ruinosas, a sus muebles poco prácticos, a su coche decrepito y a sus libros polvorientos, porque todo eso constituye el resumen de su vida. Pero hay muchas maneras de envejecer, tantas como maneras de ser, y Jo, otra de las narradoras, deja todo el lastre físico por el camino y se instala cómodamente en una residencia moderna y aséptica.

Eso sí, los que quedan siempre son los recuerdos, mezclados a veces, reiterativos con frecuencia y que suelen surgir, según se debilita la memoria, como “un monólogo interior que orbita, circula y gira sobre sí mismo”. Página a página, Drabble y sus personajes van liberando una línea de recuerdos “profusamente cargada” para reconstruir una cronología que nos concierna a todo el mundo.

Volar pozo abajo en las líneas del mexicano Gerardo Piña

Ya desde su debut en la novela—**La última partida**, 2008— el mexicano **Gerardo Piña** fue acogido con división de opiniones. En el haber, su capacidad para depurar el lenguaje hasta situar el discurso en ese punto de intersección entre lo visible y lo inconsciente donde germinan conciencia y palabra. Se ha hablado de **Bernhard**, pero los más curtidors percibirán ecos inequívocos de **Beckett**. En el debe, que el extrañamiento conceptual al que Piña somete al lector se resuelve en una historia donde, vaya por Dios, apenas ocurre nada. En fin, que Piña se gana la vida como profesor y no necesita que el supermercado le pague las facturas. **Donde el silencio se bifurca**, su tercera novela, confirma que en su escritura sí que pasan cosas, muchas, aunque la mejor vía para descubrirlas no sea lanzarse al camino sino adentrarse en la introspección, recogiendo el guante de esta primera frase: “Pronto voy a morir”. Y volar pozo abajo.

Novela negra en el ardiente verano de 1928 en Chicago

Utilizar al trompetista **Louis Armstrong** como ayudante en la resolución de un caso muy complejo es sólo uno de los atractivos de **El blues del hombre muerto**, título en el que resuena un tema del mítico **Jelly Roll Morton**, el hombre que se jactaba de haber inventado el jazz. Lo saben bien quienes disfrutaron de **Jazz para el asesino del hacha**, la otra obra del británico **Ray Celestin** traducida al castellano. Con prosa eficaz y precisa documentación, Celestin sitúa en el convulso Chicago de 1928 a una curiosa pareja de detectives sureños de la agencia Pinkerton, el alto, enjuto y cincuentón **Michael Talbot** y la esplendorosa joven **Ida Davis**, que llevan fama de ser los mejores sabuesos de la ciudad. Un envenenamiento colectivo en una fiesta postinera, una heredera desaparecida y el salvaje asesinato de un gángster serán los enigmas que habrán de desentrañar para que Chicago no se tiña de luto a golpe de tartamuda.

Cuentos bananeros del hombre de los finales imprevistos

En sus apenas 50 años de vida, **William Sidney Porter** (1862-1910), a quien la posteridad conoce como **O. Henry**, escribió muchas decenas de relatos y trasegó notables cantidades de alcohol. Esto último sólo le importó a su hígado, que lo abandonó, y a su segunda esposa, que también decidió poner tierra por medio. En cuanto a los relatos, eslabón necesario entre **Poe** y la fértil cosecha de cuentistas que EE UU ha alumbrado en los últimos cien años, atesoran dos grandes virtudes: son un finísimo reflejo de su época, en particular de la ciudad de Nueva York, y llevan al extremo el subgénero del “final imprevisto”. **Repollos y reyes** (1904) es el primero de los trece volúmenes canónicos de historias de O. Henry y en él se consagra la expresión “república bananera”. No en vano transcurre en Anchuria, o sea, en Honduras. Pero todo eso es anécdota ante el placer que genera leerlos. Porque un grande es un grande.